# ****«Mysterium»****

# ****Sergio Lorenzo Ramón Dalbessio****

# ****(Buenos Aires, Argentina)****

**En honor del Doctor Erico Panebianco, especialista piamontés. Injustamente quemado en la plaza del pueblo por pregonar sus ideas revolucionarias en la Italia fascista (1).**

Cuando era chico decía que iba a ser científico o ingeniero y que iría a la luna. Me preguntaba ¿Dónde y cómo nació Dios?, ¿si en el fondo de mi casa hago un agujero en qué casa de China o Japón puedo aparecer? ¿Primero el huevo o la gallina? ¿Qué hay más allá del cielo, de las estrellas y de los planetas? ¿Quién está dentro de la luna? Ninguna de ellas, salvo de la última, pude obtener respuesta. Mis papás me dijeron que en la luna estaba el diablo, y se esforzaron en mostrarme la cara y los cuernos de Lucifer. El objetivo de ellos era que tuviera miedo y me durmiera temprano por la noche. Qué otra cosa podría hacer en una casa donde no había ni biblioteca ni televisor, más que dormir. El televisor estaba en contadas casas del pueblo, y lógicamente era en casas de gente adinerada.

Las preguntas antes mencionadas me las había hecho antes de traspasar el umbral de la puerta de mi casa. Cuando pise la amplia vereda y el límite de libertad lo marcaba el pavimento me fui haciendo otras preguntas ¿existe Dios? ¿Dónde van los que mueren? ¿Por qué tengo que desfilar todos los 25 de mayo y 9 de julio si no soy militar? ¿Por qué mi abuelo lloró cuando murió Perón? ¿Por qué Goirán el director de la sinfónica de la ciudad era eterno? y el loco Ferrassi ¿es militar, policía o bombero? Algunas obtuvieron respuesta, otras no.

Con el paso del tiempo conocí el mar. No me llamó la atención esa primera vez, fue allí en las costas de Miramar. Luego de trabajar diez años sin poder vacacionar más que en el patio de casa, pudimos nuevamente ir a las playas argentinas. Ahí sí el mar captó mi atención como no lo había hecho la primera vez.

Me gustaba caminar por las arenas calientes, ida y vuelta, tratando de dilucidar si el granito de arena que había visto en el día de ayer era el mismo de hoy. Buscaba comprobar la frase del filósofo Heráclito que dice *"Ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni el hombre ni el agua serán los mismos.".* Así día tras día, verano tras verano. Además aprovechaba la caminata para juntar caracoles, conchillas y pedazos de restos marinos que se fueron acumulando en frascos que contienen agua de mar y que siempre traía en una botella de litro y medio.

Ese caminar por la playa me fue acercando y vinculando de una extraña manera a las ciencias de la exactitud y el ocultismo.

La jornada de lo que voy a contar amaneció con un sol radiante y entonces preparamos todo lo que llevaríamos para pasar el día en la playa. Llegamos, armé la carpa, puse la heladera de telgopor a resguardo, me unté con el protector solar y salí a caminar hacia el lado de Las Toninas. Cuando hice unos quinientos metros de caminata y estando la playa desértica vi que me llamó la atención, y quedé sorprendido.

Me puse los anteojos que colgaban de mi cuello y pude corroborar que lo visto era real, no había fantasía y a esa hora de la mañana lo único que había bebido era un café con medialunas. Me quedé mirando absorto, hasta que lo que me había llamado la atención fue desapareciendo, y continúe mi caminata.

Al volver a la tardecita al departamento que alquilábamos, tomé la libreta de tapas negras y hojas rayadas que siempre llevaba conmigo para inmortalizar frases de mi vida. De más está decir que la libreta luego de varios veranos continuaba impoluta como la había comprado, ninguna hoja había sido tocada por una lapicera o lápiz. Pero todo llega y ese día llegó, así que anoté todo lo visto en la libreta usando palabras, signos y dibujos. Después de cenar salimos para la calle principal llamada “Uno” donde están todos los negocios importantes para el veraneante. Mientras los chicos jugaban en esos lugares llenos de ruido y música, aproveché para entrar en distintas librerías. Comencé a hurgar en los estantes para encontrar algún texto que pudiera darme una pista sobre lo que había visto en la mañana. Confieso que busqué mucho pero casi no encontré nada, sólo un libro que me acercaba pero tibiamente a lo observado. Igual lo compré y me lo devoré esa misma noche, pudiendo sacar algunas ideas, todo sumaba a mi descubrimiento.

Durante la semana volví al mismo lugar en el mismo horario. Luego fui variando de horarios, esto me llevó a tener problemas con mi familia ya que todos los días los levantaba y salíamos en horarios pocos frecuentes. En realidad me acompañaron dos días, el tercero me dijeron anda solo y ellos siguieron con su rutina diaria.

Cada cosa que iba descubriendo la iba anotando de manera puntillosa en la libreta. Allí volcaba la hora, el día, la temperatura del agua, la posición del sol, si había viento o no en superficie. Me había convertido sin querer en un científico. Además de la escritura, como dije, esbozaba dibujos de lo que veía y luego los coloreaba. Se iba acercando el final de las vacaciones y todavía no había llegado a ninguna conclusión de lo que observaba, no tenía respuesta para definir ese fenómeno.

Por diversas razones que no tienen relevancia pudimos estirar las vacaciones una semana más. Yo estaba feliz, podía continuar con mis investigaciones y quizás tener alguna conclusión más acabada del tema en cuestión. Volví a las librerías y seguí buscando en libros y revistas usadas el tema que me apasionaba. Por fin de tanto buscar descubrí un texto que me podía ayudar en lo que venía sosteniendo como teoría en estos diecisiete días, cuatro horas, cinco minutos y dos segundos exactamente. En una revista de moda encontré un artículo firmado por el Doctor Erico Panebianco cuyo título es: “*Eliminación natural de las grasas (dañinas) con la sola exposición al sol, generando un bienestar no solo para sí, sino un bien para la humanidad”.* Quedé perplejo por la longitud del título y al echarle un rápido vistazo a lo escrito intuí que había alguna respuesta a mis inquietudes.

Me acerqué a la vendedora, le pagué los diez pesos por dicho ejemplar y lo guardé en la mochila. Cuando volvimos todos, todos se acostaron menos yo. Con el pretexto de que tenía una indisposición gástrica, algo común en mí por el exceso de comida y cerveza, me encerré en el baño. Leí, diría me devoré el artículo del Doctor Panebianco. Encontré que alguien ya había estado investigando lo que yo venía observando. Me alegré y esa noche no pude dormir repasando mentalmente todas mis investigaciones, observaciones, cotejándolo con lo escrito en el artículo de Panebianco.

A la mañana muy temprano fui a la playa, negros nubarrones presagiaban una jornada de lluvia que en poco tiempo se hizo realidad. Tuve que cancelar mis observaciones. Así fueron durante tres días. Al cuarto día un sol espléndido me permitió seguirlas. Si lograba sustentar mi teoría quizás sería famoso y podría develar un secreto que ayudaría a la humanidad o por lo menos a parte de ella. Nuevamente todo estaba en su lugar, así que fui corroborando cada dato escrito en la libreta y agregando aquellos tópicos que había leído en el artículo del Doctor Erico Panebianco.

Volvimos a Buenos Aires y todo aquello que investigué quedó guardado en el fondo del escritorio. Lo inmediato de preparar el material para dar inicio a mi tarea escolar me hizo olvidar todo lo vivido ese verano. Pero a mediados de ese año, en pleno invierno, por el azar me topé de nuevo con la bolsita que tenía guardada la libreta de tapas negras, la revista con el artículo de Panebianco y eso generó nuevamente mi interés en leer y buscar una explicación al fenómeno observado en ese verano que ya parecía muy distante.

Hoy me encuentro en el Simposio Internacional sobre **“El Cuerpo Humano y sus bondades y cuidados**”, en un país de África cuyo nombre es tan complicado que ni siquiera voy a nombrarlo. Me faltan unos minutos para mi disertación ante un auditorio lleno de personalidades de todo el mundo que se han dado cita con el fin de mejorar la vida de la humanidad.

*“Estimados colegas científicos. Agradezco haber sido invitado a este Simposio. Seré sintético en mi exposición sobre lo investigado en estos años en relación al tema que nos convoca. Primero les leeré un resumen de aquel tratado que había quedado olvidado en la biblioteca nacional de la calle Méjico cuando el gran Borges era su director. A modo de anécdota me comentó Onírico Gutiérrez, antiguo empleado de la biblioteca que Jorge Luis Borges leyó dicho artículo y lo desestimó, algo que desagradó al comité del Premio Nobel de Literatura y por ese hecho nunca le fue otorgado a nuestro escritor vernáculo tal premio. La primera parte del tratado nos describe las características psicológicas y físicas de la persona humana. La segunda parte los efectos nocivos de las diversas adicciones a saber –alcohol, cigarrillos, drogas y comidas saturadas de grasa- en el cuerpo humano. Hay un tercer capítulo que habla de los efectos adversos de la grasa en el ser humano. Este breve texto es anónimo ya que el prólogo y el índice no están en el libro, notando que fueron arrancados del mismo. Por lo cual para seguir mis investigaciones, además de apoyarme en mis observaciones y anotaciones, tuve que recurrir al artículo del prestigioso doctor Erico Panebianco, publicado en la revista “Todo moda” del año 1966. Ahí da la solución para el tema de las grasas”.*

Luego de un breve y sostenido aplauso del auditorio que me permitió tomar un sorbo de agua, continúe mi exposición: *“Les voy a contar lo que he visto en todos estos años: todos frecuentamos en algún momento de nuestra vida una playa. La mayoría de la gente que va la playa es obesa o camino a serlo. Es gente voluminosa en grasas. La exposición al sol, breve o prolongada, genera que esa grasa se vaya derritiendo y penetrando en la arena. Hasta aquí ninguna novedad de lo investigado y publicado en todos estos años. La revelación esencial viene de lo que les voy a contar: esa mañana que yo estaba caminando por las playas clementinas rumbo a Las Toninas, me tropecé con una cosa dura. Me llamó la atención y creyendo que era una piedra intenté apartarla, pero descubrí que era un caño transparente y seguí su trayectoria que iba hacia el mar. En ese caño había grasa derretida, esto me sorprendió y pensé adónde irá todo esto. Al levantar la vista vi el barco que todas las mañanas estaba cercano a la costa. Me llamó la atención, aunque tuve interés también tuve un poco de miedo. Pensé que quizás era una conspiración internacional y esto era un tráfico de grasa y me vería involucrado en una guerra de países o de carteles traficantes de grasas humanas. Seguí mi camino y luego continúe, sin contarle a nadie, ni siquiera a mi familia sobre las investigaciones que hoy estoy develando ante ustedes, la comunidad científica internacional. El tema es así: al exponernos al sol las grasas van hacia la arena, estas corren por ríos subterráneos hasta un gran pozo, allí está puesto un caño que absorbe las grasas y las lleva a los tanques que tienen los barcos. En esos barcos la grasa pasa un proceso de calentamiento y luego sobreviene un enfriamiento. Es depositada en unos tubos y otro barco se encarga de llevarla a tierra. A estas grasas humanas saturadas se las vende nuevamente al mercado. Se utilizan para hacer alimentos varios: helados, medialunas, pizzas, empanadas, aceite para freír, todo aquello que necesite de ese sabor para volver nuevamente al cuerpo humano. Este ciclo impulsado por el capitalismo y sus seguidores más intrépidos permite no solamente tener grandes ganancias, sino tener a la población dominada en todo momento. Barcos, capitanes, marineros, gimnasios, entrenadores, dietéticas, médicos, nutricionistas, laboratorios, almacenes, comedores, industrias, medios de comunicación, periodistas, clínicas de adelgazamiento, viven y lucran con la obesidad de la gente”,* levantando la voz y golpeando con el puño en la mesa en este último párrafo. Eso exacerbó al público, en el cual no había ningún flaco, éramos todos obesos, que comenzó con aplausos, luego golpeando las butacas y por último arrojando todo lo que tenían en sus manos a saber: celulares, notebooks, cuadernos, pochoclos, panchos, papitas, choripanes, gaseosas y todo lo que ustedes se puedan imaginar de comida saturadas en grasa. De más está decirle que ahí se terminó mi exposición, siendo apresado por unos guardias parecidos a Kincón, del texto de Miguel Briante, y luego sin más trámite fui expulsado de ese país africano. Me pusieron en un avión escoltado con dos negros cuyas lanzas apuntaban a mi panza y me devolvieron a mi país, no sin antes obsequiarme un frasco de hormigas culonas disecadas y pochoclos que hacían con el excremento de animal emblema de ese país. Lógicamente ambos obsequios quedaron olvidados en la gaveta para guardar objetos pequeños del avión. Al regresar no había nadie esperándome, qué frustración para mí, me tomé el 86 hasta mi casa. Pensé en lo desagradecida que es la humanidad con científicos como Panebianco y yo. Por eso he desconfiado en estos años de los doctores y las terapias para bajar de peso y sus dudosos éxitos aplaudidos y premiados por todos. Volví a mis actividades diarias. Cuando vuelvo cada verano al mar observo el barco, la gente dorándose al sol y pienso qué desagradecida es la humanidad con alguien como yo, mientras le digo al churrero: “una docena de churros rellenos y por favor no te olvides de ponerles mucha azúcar”. Por ahí algún día les cuento mis investigaciones sobre el tema de los churros y su implicancia en la sexualidad humana a la hora de tomar mate en la playa.

1. “De ser quemado en la Plaza del Pueblo” carece de rigor histórico. Parece ser que se sentó en el banco a fumar y se olvidó de que tenía un frasco con alcohol en el bolsillo y un fósforo prendido, y así ardió inmediatamente. Pero el revisionismo histórico italiano lo ha dejado a nuestro Doctor Erico Panebianco como un héroe, víctima del fascismo de Mussolini y sus camisas negras.